Premisa del Congreso

El Grupo de Investigación Saavedra Fajardo, de la Universidad de Murcia, viene desplegando estudios e investigaciones sobre historia intelectual hispana y sus múltiples relaciones con la historia intelectual europea. En esta línea de investigación ha realizado congresos sobre las ideas políticas medievales, en un intento de definir el cosmos de las representaciones políticas anteriores a la irrupción del Leviatán. Luego, dedicó esfuerzos a identificar la paz de Westfalia, a través de uno de sus actores centrales, Saavedra Fajardo, como el contexto internacional en el que el Levitán pudo constituirse con sus conceptos políticos modernos. Los procesos que inauguró la modernidad política vinieron marcados por el impulso de la confesionalización, en los que los nuevos poderes del Estado se vieron dotados de fuerza de censura moral y religiosa, de la capacidad de dirigir la institución de la iglesia y de caracterizar la educación ética que resultaba de ella. Sin embargo, en esta obra de forjar el alma de los ciudadanos, el Estado moderno que surgió de Westfalia comenzó a dar señales contradictorias acerca de sus diversas necesidades sociales.

Por una parte, siguió desplegando su programa de asegurar obediencia mediante una intervención masiva en los aspectos de la subjetividad, que ahora ya no se conformaron con desarrollar aquellos elementos que tenían que ver con la disciplina social ni con la conciencia religiosa, tan relacionadas entre sí, sino con los aspectos sentimentales de identidad, afecto y pertenencia, y sus contrarios, la alteridad, el odio y el extrañamiento. De esta manera, la realidad no prevista tras las guerras por las hegemonías imperiales del siglo XVI y XVII, el Estado, se dotó de los vínculos afectivos adecuados al cierre de su territorio y a la medida de cohesionar poblaciones que, otrora, no se habían considerado juntas por fuertes lazos humanos. De este modo, el Estado moderno echó mano de viejos sentimientos bastantes arcaicos, residuales en las épocas de las guerras de religión y con las luchas hegemónicas, y desplegó un discurso tecnificado para revitalizarlos, seleccionarlos, presionarlos, eliminarlos, siempre con la idea de crear homogeneidad. Tales sentimientos de prestigio, de orgullo patrio, de gloria y de grandeza, de antigüedad y mérito, había circulado desde el Renacimiento, pero ahora servían a una intervención dirigida a la creación de la nación moderna.

Y sin embargo, el Estado moderno todavía albergaba en su seno una lógica competitiva, una incomodidad con la pluralidad de vecinos y compañeros de soberanía, huella del espacio unitario imperial desde el que había sido generado. Así que la razón de Estado implicó siempre un horizonte de competencia entre los estados, y esta perspectiva determinó su legitimidad y su función. Realizado para imponer la paz tras las guerras de religión, el Estado se vio así interesado en un proceso de competencia económica, de crecimiento, de progreso, que ahora surge como propio de la autoafirmación moderna. De esta manera, la paz política que garantizó tuvo que legitimarse adicionalmente, frente a los demás Estados, por la libertad económica que podía producir. La policía, la ciencia de la paz, se connotó como terreno de libertad, de libre circulación de bienes y de personas, como libre campo de juego de la lucha económica. Así, nación y competencia estatal, política interior y política exterior, se dieron la mano en una representación nueva que puso la libertad en el fondo de todo sujeto, personal o colectivo.

Con ello se vio claro que la nueva forma del Estado se sostenía sobre exigencias contrarias. Por una parte, tenía necesidad de forjar una subjetividad capaz de prestar obediencia de forma voluntaria. Por otra, sentía la necesidad de garantizar una libertad capaz de generar crecimientos e innovación, flujos y búsquedas de oportunidades. La

manera de resolver provisionalmente esta contradicción fue la orquestación de la idea de nación. Esta podía tener una base social en la que se hacía vigente la libertad –la sociedad civil liberal- y al mismo tiempo estar conformada por parámetros de afecto, sentimiento, pertenencia, identidad y subjetividad bastante controlados y tecnificados desde las instancias del Estado.

Este momento en el que el Estado comenzó a dotarse de una base nacional es el que ha de estudiar nuestro seminario. Y lo hace alrededor de la figura de Floridablanca, el artífice de la política de Carlos III durante buena parte del último tercio del siglo XVIII. Y por eso propone concentrarse en la idea de reforma y de formación. Pues la inmensa mayoría de los Estados europeos comprendieron que, para garantizar estas dos finalidades contradictorias que se daban cita en la idea de nación –intervención en la subjetividad y garantía de libertad-, se debía tanto reformar la sociedad estamental, con sus dignidades y honores, para dar paso a una sociedad civil definida a la kantiana por la idea de una dignidad humana general, como formar aspectos que habían sido ocupados hasta el presente por la fe religiosa, que ya no eran compatibles con la idea de libertad que se hacía necesaria junto con sus objetivaciones sociales en el campo de la ciencia, de la economía y de la técnica. Cada Estado desplegó esta política de reformas y de formaciones de manera proporcional a su poder. La fortaleza del proceso de construcción nacional dependió de esta posibilidad de formar y reformar, y que a su vez estuvo muy marcada por la fortaleza de la sociedad estamental previa. Y por eso Floridablanca es para nosotros objeto adecuado de estudio, pues debe mostrarnos la fuerzas de los proyectos y la fragilidad de los resultados.

Basten estas líneas para situar los contextos europeos en los que se va a constituir nuestro seminario. Pero no quiero dejar de recordar que la idea de policía, con su libre tránsito de bienes y personas, y su referentes sentimental, con la creación de modelos de gusto, prestigio, pertenencia y antigüedad, en el caso español, trajo consigo aparejados importantes cambios respecto de su propio imaginario, no sólo en la medida en que la presión de homogeneidad nacional tensó las relaciones con las sociedades privilegiadas y con las tradiciones jurídicas diversas, sino también en la medida en que afectó a la manera de relacionarse con la América hispana. Desde este punto de vista, la construcción de una sociedad nacional determinó los dilemas de los que emergerían las luchas y conflictos del siglo XIX: o se avanzaba en la construcción nacional hispanoamericana, con las dificultades radicales implicadas, o se avanzaba hacia una formación nacional americana, como finalmente se intentó desde la obra de Boturini.

En todo caso, las sociedades que todavía venían marcadas por procesos hegemónicos, imperiales y expansivos, se vieron mucho más lastradas para la formación de sociedades nacionales fuertes y esta hipótesis se pudo verificar también en España. Por una parte tenían necesidad de sentimientos nacionales más fuertes y cohesionados para mantenerse y por otra tenían una materia de heterogeneidad más intensa que conformar. Al final sucumbieron más fácilmente que otras a la doble presión de la reacción y de la revolución.

Queridos amigos, de estos problemas nos gustaría discutir a la organización de este seminario. Desde un punto de vista intuitivo e inicial, discutir estos temas en Murcia podría parecer poco probable a un observador imparcial e incluso a uno bien dispuesto. Si a pesar de todo es una realidad, se debe a la política estratégica de la Fundación Séneca, la Agencia del Gobierno Regional de Murcia para el desarrollo de la ciencia, integrada en la Consejería de Universidades, Innovación e Investigación, a su personal lleno de entusiasmo, competencia y dedicación, como Reme Pérez y Gabriela Vallejo, y sobre todo a su director Don Antonio González, cuyo sentido de la administración pública como servicio público tanto habría gustado a nuestro viejo

Floridablanca. No quiero dejar de agradecer a nuestros anfitriones, la Dirección General de Bienes Culturales, Museos y Bellas Artes, de la Consejería de Cultura y Turismo, por la cesión de estos locales, y desde luego a mi propio equipo, a quien resumo en la persona que desde hace décadas comparto proyectos, trabajos y afectos, Antonio Rivera, y a todos mis jóvenes amigos. Por último, las gracias debidas a vosotros, que venís de sitios lejanos, dispares, en estos días de invierno, a ofrecernos vuestro saber con generosidad. Tened la seguridad de que encontraréis en Murcia lo que sus sencillas gentes saben dar con naturalidad y sin afectación: un trato cálido, cordial y amistoso.